

Frente al radicalismo, conservador, en el caso de Durkheim, o revolucionario, en Marx, la moderna sociología funcionalista pretende haberse logrado liberar de todo criterio de valor. Sin embargo, su estrategia consiste, como señala agudamente Horton, en desplazar la fuente y la responsabilidad de la valoración fuera del observador, en una dirección conservadora.

Seeman, por ejemplo, analiza las distintas dimensiones de la alienación en el individuo según categorías estrictamente psicológicas. En este autor, apunta Daniel Vidal, el sistema social sólo aparece como un universo de referencia de las actitudes del actor.

En las teorías de alcance medio de Merton es el concepto de anomia el que sufre también un desplazamiento. Este sociólogo norteamericano define la anomia como la disfunción entre unos fines culturales, que en ningún momento pone en tela de juicio, y unos medios institucionalizados para conseguirlos.

Pero hay una tercera ideología de la objetividad científica que es la que pretende —véase, por ejemplo, Karl Popper— que los prejuicios a los que tiende indefectiblemente el científico como individuo pueden y deben ser corregidos por los modelos intersubjetivos de la comunidad científica. Con lo que se confunde, en cierto modo, consenso con objetividad.

Naturalmente, esta reseña no agota ni mucho menos los temas planteados por este libro, cuya lectura recomendamos a quienes todavía siguen creyendo en la posibilidad de una sociología por encima de cualquier juicio de valor. ■ JOAQUIN RABAGO.

## Una nueva formulación del cristianismo

Una obra extensa escrita por 36 teólogos franceses, suizos y alemanes (de ellos, 19 católicos y el resto protestantes). Al final, tres se han ocupado de su última redacción, bajo la responsabilidad última de los que encabezan el título de este volumen tan cuidadosamente editado (1).

(1) J. Felner y L. Vischer: *Nuevo libro de la fe cristiana*. 750 páginas. Ed. Herder, Barcelona, 1977.

## "Crónicas apasionadas"

Hay un periodismo que se consume apenas deja de ser noticia el tema que lo ha puesto en pie. Hay otro, sin embargo, que sobrevive como materia insustituible para conocer una época. Periodismo que nos conecta con una selección significativa de temas y con un modo de encararlos; que nos da, a la vez, el documento y su análisis, impregnados ambos, incluso cuando se contraponen, de una atmósfera política y cultural común. Se nos dirá que caben muchos análisis de un mismo acontecimiento; a lo que deberíamos añadir que todos ellos, si son inteligentes, cumplen la función de testimoniar por igual sobre la época.

Si este tipo de periodismo lo hace un hombre como Ricardo Lezcano, su valor es aún más inequívoco. Hombre de "talante liberal", como antes se decía, sensible a las injusticias de nuestro mundo y estudioso de sus más lúcidos diagnósticos, Ricardo Lezcano consigue, a través de un conjunto de artículos —en los que, más de una vez, las páginas de TRIUNFO han desempeñado el papel de estímulo—, darnos un punto de vista sobre una serie de fenómenos significativos. La calificación de sus comentarios como



Ricardo Lezcano.

"crónicas apasionadas" nos señala dos de sus características: la referencia a un hecho histórico e inmediato, y de ahí el término de "crónicas", y el compromiso del autor en su tratamiento, de donde vendría lo de "apasionadas". Aunque deba añadirse que ambos conceptos tienen en Lezcano una especie de inteligente medio tono, tanto a la hora de "descubrir" un hecho como a la de interpretarlo.

Aun nacido en Madrid, Ricardo Lezcano ha residido muchos años en Las Palmas, de cuyo Teatro Insular Canario fueron él y su hermano Pedro los principales animadores. Esta "experiencia canaria" quizá ayudaría a explicar la rica, y a veces irónica, distancia de Lezcano ante los temas, examinados con la lucidez de un observador.

En el volumen que comentamos —Editorial Helios, de

Las Palmas— aparece una selección de las crónicas publicadas, entre el 72 y el 76, en varios periódicos madrileños y canarios. Los agrupa en torno a los siguientes temas: Nuestra época, la cultura, la justicia, el erotismo, la familia, el hombre, la prensa, política española y política internacional. Aunque, bien mirado, el primero de los epígrafes podía haber servido de título general.

La "época" de los temas —72 al 76— no es del todo la presente; pertenece a sus inciertos albores, cuando, tras tantos años de mordaza y criptografía, las plumas comenzaban a solearse, a escribir sin rebozo sobre los incipientes semidesnudos de "Equus", a pronunciarse contra la pena de muerte, a defender a los objetores de conciencia, a denunciar la especulación del suelo, a condenar las injusticias económicas, a llorar el asesinato del diario "Madrid" a manos del mismísimo ministro, y a prestar atención pública a muchos temas largo tiempo prohibidos.

Ricardo Lezcano es un buen periodista y uno de los que templaron su civismo, su serenidad, su talento y su honradez cuando la autocracia y el servilismo eran el triste contrapunto de buena parte de la "información" nacional. Por eso vale la pena leer su libro. ■ JOSE MONLEON.

La obra está dividida en cinco partes, que abarcan los siguientes temas generales: El problema de Dios; Dios es Jesucristo; El hombre nuevo; Fe y mundo; y terminando por siete cuestiones que están hoy abiertas a la discusión entre las Iglesias.

El libro semeja a primera vista por su apertura al del discutido teólogo católico Küng, aunque no vaya tan lejos como él ni en el desenfado con que aborda los temas ni en su estilo. Estamos ante una obra de corte germano, y en gran parte de inspiración protestante, que puede ser aceptada perfectamente por un católico consciente. La de Küng ha sido en cambio el resultado de un pensamiento progre-

sista desde el punto de vista católico; y éste es un libro ecuménico que lo mismo puede servir a católicos que a protestantes, anglicanos u ortodoxos, pues les da a todos ellos una información completa de sus propias doctrinas, sin que en la exposición haya nada ofensivo para las otras tradiciones cristianas que en el libro están representadas.

La obra tiene —y era difícil de conseguir— una redacción unitaria, sin que se orillen por eso cuestiones delicadas entre una y otra confesión cristiana. Se consigue la sinceridad más absoluta, una fundamentación al día y un estilo vital inspirado en la Biblia, como suele ser propio de la tradición protestante.

Cada autor analizó también las partes redactadas por los demás, y sólo dio su visto bueno cuando sinceramente creía que los puntos de vista católico y protestante habían sido redactados con lealtad para unos y para otros. Carece la obra, por decisión explícita de sus redactores, de casi todo aparato crítico de citas y bibliografía, a diferencia del de H. Küng, "Ser cristiano". Pero tiene ésta que comento ahora mayor profundidad y sentido religioso que la de Küng, si bien se resiente a veces de menor fluidez y de un exceso de referencias y disquisiciones bíblicas que —en mi opinión— podían haberse puesto a pie de página, acortando así el texto para facilitar la

lectura de muchas personas con menor cultura bíblica. No obstante, los autores han preferido buscar este mayor nivel, aunque prescindiendo de usar una terminología técnica.

Los planteamientos son abiertos, pero con moderación, y lo mismo se inspiran en fuentes protestantes que en católicas, aunque difícilmente se aprecia la diferencia de redacción entre un teólogo católico y uno protestante, pues en todos los temas se procura que estén bien representadas y coordinadas ambas doctrinas, buscando incluso —sin irenismos superficiales— la concordancia de fondo que muchas veces existe entre estas enseñanzas, que a primera vista parecen divergentes porque tradicionalmente lo fueron en la práctica hasta ahora.

El tema de Dios está tratado más bíblicamente que racionalmente, lo que me parece un defecto. Hubiesen querido muchos lectores cultos un planteamiento más filosófico, aunque se buscase un lenguaje divulgador. También en otros aspectos, como el del milagro, hubiese gustado ver una mayor referencia a la crítica actual, haciendo un análisis más riguroso de su sentido actual. Es en esto demasiado escueto el libro, aunque tiene expresiones correctas como la que afirma: "Jesús... no se dejó etiquetar y retener como taumaturgo". Y lo mismo se diga en el tema de la Resurrección, que queda demasiado abstruso después de darle vueltas en prolongadas páginas.

Es de grandísimo interés, sin embargo, todo lo que en el libro se dice del llamado "pecado original". Se hace de él un análisis teológico y bíblico que renueva totalmente los conceptos que tenía el católico en estos últimos siglos acerca de esta realidad humana, que es defecto de todos los hombres individualmente y no sólo ni preferentemente de una pareja al principio del mundo, la cual misteriosa —y hasta injustamente— transmitiría una pena y una culpa que cada hombre no habría cometido personalmente.

Muy clara, y cargada de buen sentido, es la parte del libro dedicada a los problemas morales de hoy, que dependen más de unas grandes líneas éticas humano-cristianas, y no tanto de deducciones concretas del Evangelio, que no posee ciertamente

soluciones para todos los tiempos. Un poco extraño es, sin embargo, que, al hablar de los anti-conceptivos, se apresure el libro a afirmar la no licitud de los que impiden la implantación del óvulo, cuando muchos moralistas católicos y protestantes afirman su licitud y las Iglesias nada claro han decidido oficialmente so-

bre ello. En cambio está muy bien enfocado lo relativo a la sexualidad y al matrimonio, aunque queda poco nítido el tema tan en boga últimamente del divorcio.

Por último, es sumamente acertada la sugerencia que se hace al final de la obra, a través de esta importante e inteligente

pregunta: "¿No son las 'confesiones' —o sea, las diferentes Iglesias cristianas— en la cristiandad de hoy lo que eran en la antigua Iglesia y en la Edad Media las diferentes 'escuelas' teológicas?". Este es el broche final adecuado para un importante libro cristiano. ■ E. MIRET MAGDALENA.

## ADIOS A LAS LETRAS

### LOS CLAVELES

*No necesita nardos ni nada. Tengo todos los insultos para este horrible aniversario. La revolución se ha ido como un corrido sin alma, un soneto dicho por un mexicano. Conocí a Eanes en Londres, que es un sitio excelente para conocer a un militar, porque todos tratan de confundirse en el abigarrado paisanaje de aquella histórica urbe.*

*Pero al incluíto, mudo y solitario portugués le era difícil ocultar su tristeza entre los barrotes de espuma de las reuniones internacionales a las que asistía. En una ocasión recuerdo que el "premier" inglés, Callaghan, le confundió con un hipotético Presidente brasileño. Eanes entonces miró a sus exiguas cuartillas y quiso estar en el Algarve, pero estaba allí y tuvo que aguantar, sentado, como un escritor mutilado, el error de su colega.*

*Ya entonces deshojaba los claveles y rompía toda esperanza de novedad entre los que le seguíamos esperando que aquel hombre rompiera a llorar, a cantar o a ser humano alguna vez. Pero, no. Era inútil. Estaba sumido en el letargo del poder, como un académico de la Lengua. Así, ahora ha querido tomar las riendas que quedaban sueltas y ha hecho de Lisboa una cosa antigua y señorial, una ciudad en la que no es el pueblo el que más ordena, un lugar que, al contrario de Grandola, no alberga la fraternidad democrática de la que hablaba José Alfonso.*

*Pero qué hace uno hablando de la política, si para eso están Haro Tecglen, Duverger y "La Codorniz". Lo que me tiene preocupado es el porvenir de la cultura ibérica, porque si son rostros mustios y alcanforados como el de este hombre, al que ni los altavoces le hacían alzar la voz, los que miren la historia de los pueblos que habitan esta Península, mal vamos a estar los que luchamos cada día por decirle un adiós engañado a la literatura del lugar.*

*Hace unos días le preguntaba a Nicole Grandiola, una periodista rubia y angelical como un diamante, qué se había hecho, por ejemplo, de las tres Marías, aquellos seres que pusieron patas arriba la convencional convivencia portuguesa. "Nada, se perdieron en la maraña de la familia, lo previsto y la nada", me dijo la joven*



Las tres Marías portuguesas.

*corresponsal lisboeta. Yo me imaginé a Eanes, satisfecho, recibiendo la buena noticia de que cada día había un clavel menos floreciendo en las calles de Grandola, cada día un clavel menos, para facilitar la llegada de Américo Thomas o para aligerarle a él mismo la tierra de tanto rojo.*

*Con seres así pensaba yo en Londres, puede escribirse de nuevo la misma historia. Se sentaba Eanes delante de nosotros y nosotros esgrimíamos plumas inútiles, esperando que él dijera algo que luego pudiera trasladarse al papel. Era vana la paciencia. Aquel militar revolucionario no había nacido para la novedad. Su propia voz era una mala noticia, un presagio dictatorial e infecundo. Luego no supe más de él, porque me dediqué a la literatura y a la vida, pero ahora los colegas lisboetas mandan cables alarmados sobre la pérdida de electricidad de los claveles. A ellos les extraña, pero para los que seguimos aquellos días a aquel ser taciturno y apaisado, nada es extraño porque todo resultó previsible.*

*Y esto es lo que ocurre. La política pasa como una apisonadora, como si fuera un aparato de televisión encendido que se coloca ante los pueblos y los enmudece y engaña. Seres a los que la Historia monta y que luego se quedan ahí, perpetuos, disponiendo y gobernando, como decía el pobre Calderón de la Barca. La imaginación de los pueblos, pendiente del humor de las gafas sin montura de un ser que habla bajito y hacia abajo. ■ SILVESTRE CODAC.*